

**Citación bibliográfica:** PAOLINI VINCENTI, Claudio Alfonso. «Recuerdos de futuras *Promesas naturales*, o cómo vivir bajo los condicionamientos de una resiliencia deshumanizante». *América sin Nombre*, 26 (2022): pp. 80-95. <https://doi.org/10.14198/AMESN.2022.26.05>

## Recuerdos de futuras *Promesas naturales*, o cómo vivir bajo los condicionamientos de una resiliencia deshumanizante

### Memories of future *Promesas naturales*, or how to live under the conditions of a dehumanizing resilience

CLAUDIO ALFONSO PAOLINI VINCENTI

*Consejo de Formación en Educación*

*Administración Nacional de Educación Pública, Uruguay*

[caa.paolini@gmail.com](mailto:caa.paolini@gmail.com)

 <https://orcid.org/0000-0002-1603-9677>

Fecha de recepción: 22/02/2021

Fecha de aceptación: 01/04/2021

#### Resumen

El artículo pone foco en la novela distópica *Promesas naturales* (2006) de Oliverio Coelho y en el modo en que la protagonista encauza su proceso de resiliencia (Evans y Reid), entre otros factores, articulado por un estado totalitario y deshumanizante; también, en la forma en que el sistema produce seres monstruosos. Si bien el relato no hace referencia explícita a espacios identificables, algunas marcas socioculturales y lingüísticas dan lugar a que se pueda interpretar como una alegoría de cómo hubiese sido el presente y futuro de algunos países de la región sur de América Latina (Argentina, Chile y Uruguay) si los procesos dictatoriales (durante los años 70 y 80 del siglo pasado) se hubieran prolongado por generaciones.

**Palabras clave:** distopía; dictadura; resiliencia; poder; monstruosidad.



**Abstract**

The article focuses on the dystopian novel *Promesas naturales* (2006), by Oliverio Coelho, and how the protagonist channels her resilience process (Evans and Reid), which is articulated by a totalitarian and dehumanizing state, as well as in the way the system produces monstrous beings. Although the story does not make explicit reference to identifiable spaces, there are some sociocultural and linguistic marks that can be interpreted as an allegory of how the present and future of some South American countries (such as Argentina, Chile and Uruguay) would have been like, if the dictatorial processes during the 70s and 80s of the last century had lasted for generations.

**Keywords:** dystopia; dictatorship; resilience; power; monstrosity.

Muchos relatos auténticos y ficcionales revelan, independientemente de su carácter comunicativo, un modelo de mundo que interpela y puede poner en crisis determinadas coyunturas socioculturales y políticas. Gran parte de la obra de Oliverio Coelho (Buenos Aires, 1977) se inscribe en esta línea, destacándose la trilogía de novelas distópicas *Los invertebrables* (2003), *Borneo* (2004) y *Promesas naturales* (2006), en que un muestrario de personajes aparentemente «normales» y otros monstruosos recorre zonas internas y adyacentes de los llamados «territorios paralelos» de una ciudad.

Estas obras de Coelho se encuentran insertas en el marco de una producción regional –conexa con lo fantástico (Barrenechea, Campora, Jackson) y la ciencia ficción (Capanna, Moreno, Suvin), y vinculada al discurso distópico resultante de la dimensión política– integrada por algunos relatos publicados en las últimas décadas de Marcelo Cohen, Pedro Mairal, Rafael Pinedo, Francisco Rivas, Renzo Rossello, Ana Solari y Hernán Vanoli, entre muchos otros. Un repertorio que ha sido estudiado a través de diversas perspectivas, entre las que se destacan: los cruces entre lo marginal y lo canónico desde los precursores del romanticismo hasta la posmodernidad (Cano); las articulaciones entre lo imaginario y lo apocalíptico, poniendo foco, entre otros asuntos, en la radicalización de la conciencia de catástrofe desencadenada a partir de la intervención de las últimas dictaduras militares en América Latina (Fabry et al.); la reelaboración de traumas históricos y la representación de ciudades en el contexto de escenarios postapocalípticos derivados de las acciones del neoliberalismo y momentos de crisis institucionales (Mercier, Oeyen, Reati); y las confluencias entre lo biotecnológico y lo mercantil, a través de las acciones de una biopolítica que problematiza la idea de lo humano (Paolini, Quintana). La mayoría poniendo énfasis en el modo en que los espacios, las acciones y los cuerpos configuran una estética de la monstruosidad.

Las narraciones de la trilogía de Coelho no presentan referencias explícitas a espacios identificables; de todos modos, algunas marcas socioculturales y lingüísticas dan lugar a que se puedan interpretar como alegorías de la historia reciente de

algunos países de la región sur de América Latina (Argentina, Chile y Uruguay) si los procesos dictatoriales (durante los años 70 y 80 del siglo pasado) se hubiesen prolongado por generaciones<sup>1</sup>.

En este trabajo, me concentraré en la última novela de la trilogía y en la forma en que, principalmente, la protagonista encauza su proceso de resiliencia (Evans y Reid), entre otros factores, pautado por un Estado totalitario y deshumanizante. En concomitancia, el modo en que el sistema organiza mecanismos que promueven seres monstruosos.

*Promesas naturales* se vincula con la literatura distópica, aquella que se inscribe en un ««futuro máximo», y que en ocasiones se conoce también como novela de «si esto sigue igual»» (Jameson 273); en el enfoque presentado aquí: si los regímenes dictatoriales del cono sur americano se hubieran dilatado por mucho tiempo todo sería aún más terrible.

La monstruosidad de muchos de sus personajes se exterioriza a través de constituyentes como la decadencia –caracterizada por la pobreza y el embrutecimiento–, la deformación –representada por la desproporción o la patología–, y lo fronterizo –trazado en la combinación de humano y animal, humano y máquina–. Además, a sus apariencias anómalas, se les suman algunas prácticas salvajes, como la antropofagia, el asesinato y la violación. Todo esto deriva en la representación de seres distanciados de lo comúnmente calificado como humanos, como la encarnación de entidades deshumanizadas.

Gran parte de la novela manifiesta la presencia de un Estado todopoderoso y distante –en un ámbito en que se combinan elementos de la sociedad disciplinaria (Foucault, *Vigilar y castigar*) y la de control (Deleuze)–. El sistema ha dividido a la población en guetos y los ciudadanos, dependiendo de su condición y status, están confinados en zonas centrales o en áreas periféricas –esto se encuentra descrito, también, en un plano presentado en el inicio del libro–. Desde que nacen, los sujetos son separados de sus progenitores y entregados a miembros de castas supuestamente superiores o consignados en ministerios o centros de clausura. Los espacios están regidos por la disciplina interna y el control de las calles por funcionarios –o clones de humanos– del Servicio de inteligencia del Estado.

El relato describe el recorrido de una joven de apariencia humana que se encuentra huyendo de la casa en que se encontraba cautiva por sus «dos soberanos» (13), y que se le había asignado de adolescente, lanzada a la búsqueda de su hogar de nacimiento. Bernina

---

1. Como se ha referido en algunos artículos acerca de la trilogía de Coelho (Reati, Semilla Durán), también se puede extender el período a los años de crisis económica y social del año 2001 y siguientes. No obstante, y teniendo en cuenta que dicha crisis se padeció de forma diferente en el sur de Latinoamérica, prefiero poner un mayor foco en la época dictatorial por tratarse de un momento más crítico en todos los órdenes institucionales de la región.

había sido separada y alojada en una dependencia sanitaria del Ministerio, y había perdido de vista a sus progenitores. Allí hombres de cortesías y sonrisas inhumanas le habían practicado una operación de «reaseguro». A los pocos días, el Departamento de Adopción la había enviado para siempre a los territorios paralelos con una misteriosa marca y un nombre que se superponía y borraba el anterior (57-58).

La separación forzada de niños de sus padres y su adopción por otras personas –con el consiguiente cambio de identidad–, así como la reclusión y vigilancia injustificadas, fue una práctica reiterada durante el período de dictaduras (Medalla et al.). De este modo, la novela va mostrando cómo un sistema de dominación y poder, a través de los funcionarios que acatan sus consignas, transmite su monstruosidad; y cómo esta repercute de diversos modos en sus disidentes o excluidos. El testimonio de una deshumanización signada por una profunda crisis de valores reflejada en la ausencia de reconocimiento de la dignidad y la falta de respeto por la intimidad y el cuerpo del prójimo; en definitiva, el proceso por el cual las personas son despojadas de su condición humana.

La joven se embarcará en una aventura que la hará atravesar distintas zonas de la ciudad; encontrarse con seres enfermos, deformes e híbridos; y sobrellevar varias capturas y encierros. Su primer encuentro es con una diversidad de «ilotas» (14 *et passim*) grotescos y semidesnudos que reptan, corren, cuelgan de árboles y profieren chillidos<sup>2</sup>. El temor ante la presencia de los ilotas y el riesgo de un ataque provocan en Bernina una mudanza de las voces exteriores:

el que chillaba de esa manera, como desplazando el grito hacia la vorágine del parto, no podía ser sino Odiseo. En su vientre se desperezaba y desayunaba el horror de la especie. ¡Maldito embarazo! [...] De hecho, según teorías médicas de procedencia indefinida, se había extendido el mito popular de que a partir de los nueve meses de gestación el embarazo era regresivo, y la turgencia del vientre se reabsorbía hacia la plagada particularidad del espécimen y alcanzaba un punto de indiferencia material cuyo ciclo, en el ámbito microscópico, ya no podía predecirse... Todo esto Bernina lo había sufrido

---

2. Recordemos que «ilota», según el *Diccionario de la lengua española* de la RAE, significa: «Esclavo de los lacedemonios. Persona que se halla o se considera desposeída de los derechos de ciudadano». Por otra parte, en la novela, los «ilotas» están designados por apelativos que les atribuyen una determinada categorización: lotarcios –«linyeras sacerdotes» (17)–, grasitas, pizpiretos –«niños disminuidos» (17)– y ñatitos –niños viejos dirigidos por un gurú, «el último estrato en la tipificación estatal» (17)–; y avanzada la historia, bambilamborghinas y su subespecie hipocentaurinas –mujeres zoomorfas–. Por otra parte, los apelativos son un guiño, principalmente, para los rioplatenses. Como señala Annelies Oeyen (2011), «grasitas» tiene connotaciones peronistas, Evita Perón llamaba con cariño así a sus proletarios; pizpireta es un término proveniente del tango, que alude a jovencitas atrevidas que hablan en exceso y se ríen de forma exagerada; y bambilamborghinas representa un homenaje al escritor Osvaldo Lamborghini y su obra, esta última referencia también es mencionada por María A. Semilla Durán (2014).

a medias. En realidad su embarazo había sido siempre un embarazo al revés: a pesar de alojar una criatura movediza, su vientre nunca había proyectado una turgencia de cinco, seis o nueve meses (19, 25).

No obstante, ese «embarazo» posee una contraparte: Bernina, durante su cautiverio, había confeccionado un muñeco bautizado con el nombre de Ungi, provisto de un sistema de articulaciones a la manera de una marioneta. Ungi la acompaña escondido dentro de una valijita.

Odiseo es el símbolo de un pasado en confinamiento que la persigue a cada paso a través de la prolongación del embarazo. La representación de una carga persistente y semihumana que, junto a los ilotas, le recuerdan a Bernina que la existencia está abarrotada de peligros que están más allá de su dominio. Por otra parte, Ungi es «el vástago perfecto» (26); el títere forjado por ella que, por un lado, es la proyección de su propia persona tutelada por otros, y, al mismo tiempo, el que le habilita el poder de «hacerlo caminar, bailar, saludar, hablar» (50), aquel que le otorga la posibilidad real de la creación en un mundo invertido. Odiseo y Ungi representan los diversos medios por los que Bernina intenta llevar del mejor modo posible sus rémoras; ser un sujeto en resiliencia a través del empleo de mecanismos que le permitan absorber y superar los acontecimientos traumáticos por medio de acciones adaptativas.

Brad Evans y Julian Reid estudian y muestran una arista problemática de la resiliencia en el contexto de los discursos liberales y neoliberales: expresan que el sujeto en resiliencia

no es, por definición, un sujeto seguro sino uno adaptable; adaptable en la medida en que es capaz de hacer ajustes a sí mismo que le permitan sobrevivir a los peligros que encuentra en su exposición en el mundo. En este sentido, el sujeto en resiliencia es un sujeto que debe luchar de modo permanente por acomodarse al mundo. No es un sujeto político que conciba cambiar el mundo, su estructura y sus condiciones de posibilidad con el fin de asegurarse de él, sino un sujeto que acepta el carácter desastroso del mundo en que vive como una condición para tomar parte en él (113).

Resulta evidente que el proceso planteado por Evans y Reid va más allá de los ámbitos de los Estados totalitarios; no obstante, estos sistemas ahondan mucho más su accionar sobre los sujetos en resiliencia debido al despliegue del abuso de su poder.

Si bien Bernina logra escapar de la casa de sus captores, las decisiones y acciones que asume no le permiten optimizar demasiado su situación –a pesar de que la fuga había sido planificada, por ejemplo, «había olvidado un detalle ordinario: los víveres» (27)–. En efecto, ese exterior, que tácitamente implicaba libertad, queda reducido en su mayor parte a diversos espacios interiores de encierro –dos ministerios, una casa, un refugio–, similares o peores que el primigenio, que la enfrentan con peligros, convirtiéndola en un ser en permanente adaptación a las circunstancias.

Al aproximarse la noche, y rodeada de seres que pertenecían a una segunda o tercera generación de ilotas, la joven discurrió la perspectiva de introducirse

subrepticamente en un hogar y encontrarse con algún sujeto extraditado a los territorios paralelos en plena madurez, por haber fracasado en uno de los controles sanitarios impuesto por el Estado, y así lograr acceder a alguna pista que pudiera indicarle el modo de acceder al «otro lado» (28). Similares referencias se dan en las otras novelas de la saga; por ejemplo, en *Borneo*, Ornello Balestro habita en un distrito en que debe someterse a exámenes físicos y psicológicos de modo periódico para no ser excluido de su medio: «Había una correa infernal que cada diez años se ponía en marcha hasta borrar de un hombre, en un período de veinte o treinta años, las reservas de humanidad» (*Borneo* 15). De este modo, el universo de Coelho va trasluciendo una sociedad en que el biopoder (Foucault, *Defender la sociedad*), a través de un Estado omnipotente y celador, establece, por un lado, normas a los ciudadanos que implican la instauración de diversos guetos y castas sociales; y, por otro, desarrolla lógicas y racionalidades diversas que desarticulan los criterios sobre las formas de vivir y de matar. Como observa Antonio Negri: «Más que el Leviatán, monstruosas serán la plebe o la multitud, la anarquía y el desorden que expresan: por encima de ellas, contra ellas, el monstruo construye el poder central soberano; acontecimiento intempestivo de una epifanía necesaria» (96). Así, el Estado supuestamente benefactor determina la clasificación de los ciudadanos en función de su conveniencia, excluyendo a los no aptos –los que no cumplen con las normas establecidas–; desde esta perspectiva, el sistema establece un indulto para sí mismo acerca de su monstruosidad y, conjuntamente, decreta la aberración de los enfermos, los desobedientes, los impuros. Del mismo modo que aconteció durante las dictaduras de Latinoamérica con los que pensaban diferente a los regímenes totalitarios.

Antes que Bernina pudiera tomar una decisión, es arrestada por dos guardias del Servicio de inteligencia del Estado y llevada al Ministerio de Planificación. Allí, la joven es abandonada en un hall a la espera de un funcionario. Mientras, conversa con una mujer llamada Letita que, entre otras cosas, le expresa que «una vez que se entra no se sale, se necesita un permiso especial, [...] de todas maneras, era imposible salir, la administración de constancias, por sobre peso de expedientes, había sido trasladada a otro edificio. [...] El permiso, desde luego, era inalcanzable» (37). Y más tarde se encuentra con la señora Curone –alguien que había vivido gran parte de su existencia en el Ministerio– que, a pesar de las sentencias de Letita, le confía el modo de poder escapar del recinto a través de «una colosal cañería de ventilación que había en la terraza superior» (43); hecho que se concreta después de extensos recorridos por escaleras y pasillos, y un casi interminable descenso por la tubería. Un episodio regido por lo paradójico y laberíntico; asimismo, presenta puntos de contacto con el asilo de la novela *París*, de Mario Levrero (1998), del que tampoco se podía salir por la puerta principal custodiada por carabineros, pero sí por la azotea.

El retorcido aparato burocrático es el resultado de los diversos mecanismos de dominación desplegados por el Estado –como una especie de monstruo kafkiano– que desnaturaliza a los ciudadanos. Jacques Derrida señala que el Estado

es «como una prótesis gigantesca destinada a amplificar, objetivándolo fuera del hombre natural, el poder del ser vivo, del hombre vivo al que protege, sirve, pero como una máquina muerta, incluso una máquina de muerte, una máquina que no es sino la máscara del ser vivo, como una máquina de muerte puede servir al ser vivo» (49). En este sentido, los instrumentos de autoridad, tal como se despliegan durante períodos de crisis, muestran dos facetas: por un lado, imponen sus dictados de modo que los ciudadanos subalternizados acepten una suerte de subsistencia obediente y manejable; y, por otro, se ocupan de gestionar los aparatos de seguridad y de libertad necesarios para proteger a los habitantes de los peligros que el propio sistema genera. De esta forma, los sujetos en resiliencia deben aceptar el sentido de la vida «como un proceso permanente de adaptación continua a las amenazas y los peligros que parecen estar fuera de control» (Evans y Reid, 101). A decir del personaje-narrador de *Los invertebrables*, el primer relato de la trilogía: «Tolerábamos nuestras respectivas tragedias gracias a la superstición incauta de que habíamos sido víctimas de un exceso, de una catástrofe natural» (75). Lo que deriva en una resiliencia que problematiza el carácter de lo humano, que lo subvierte y deshumaniza.

El final del tubo desemboca en una calle fuera de los territorios paralelos. Aunque las personas presentan una apariencia normal, la joven se detiene en observar a unos niños que iban tomados de la mano de sus madres:

Las criaturas en general iban con el torso descubierto, y Bernina, en la confusión, se deleitó apreciando cómo en los más jóvenes los senos alcanzaban cierto volumen y desprendían en el balanceo pizcas de una leche clara. Había visto pechos enclenques en ñatitos, malformaciones únicas tanto en los pizpiretos –manquedad, hidrocefalia, elefantiasis, además de la clásica renguera–, como en los grasitas –anquilostomiasis, párkinson, beriberi, poliomeilitis–, pero nunca una rareza tan pudibunda (61).

La diferencia entre un territorio y otro se manifiesta de inmediato de manera monstruosa. Por un lado, niños rozagantes cuyas «libaciones eran una señal de buena salud» (61); y, por otro, seres enfermos, abandonados por el sistema o productos de experimentos de eugenesia fallidos. En *Promesas naturales* no se explican de modo explícito las causas de la monstruosidad de muchos de sus personajes. Una de las respuestas posibles –siguiendo con la tesis de que los gobiernos dictatoriales se hubieran lanzado hacia un futuro extenso y distópico–, está relacionada con los discursos neoliberales actuales que se basan en la hipótesis de que los humanos son vulnerables –incompletos o degradados– frente a múltiples amenazas. Esto ha derivado en el establecimiento y ejecución de diversos programas enfocados en el desarrollo y la expansión de lo humano en la medida que estos requerirían de una restauración y optimización. El problema surge cuando los caminos que transitan la ciencia y la tecnología hacia esa búsqueda de un supuesto perfeccionamiento derivan, por ejemplo, en malformaciones genéticas o en «experimentos de la industria farmacéutica y de la biotecnología que fallaron y produjeron resultados anómalos o que se quedaron en alguna fase previa a la esperada» (Paolini 164), engendrando

«humanos posdegradados» (Paolini). Un índice más de cómo el monstruo es el resultante de las acciones de un sistema monstruoso.

Aunque la joven haya logrado fugarse del Ministerio y acceder al otro lado<sup>3</sup>, uno de los tantos lastres de su vida anterior la acomete desde lo profundo: su vientre comenzó a contorsionarse de modo extraño, como si Odiseo «se columpiara e hiciera piruetas agarrado a las trompas de Falopio. Se desmoronó y en un estado de hiperconciencia vio su propio cuerpo tendido contra una pared» (62). Ese sino «odioso» –como refiere la literatura clásica sobre Odiseo– de su pasado que frena y aprieta su presente.

Solo uno de los hombres que presenciaron la caída de Bernina se interesa por ella, aunque con intenciones perversas. Un humano que, se presenta con el nombre de Chatran, la carga sobre sus hombros y traslada a su casa. Otra vez la joven es víctima de un nuevo encierro, en esta oportunidad para ser violada siguiendo las indicaciones del «Manual de la buena cabriola» –suplemento cultural de la agotada «Enciclopedia Real de usos terrestres»– (67), la misma enciclopedia que también es leída por los personajes de *Los invertebrables*. Bernina es sujeta fuertemente con correas sobre una camilla, pero «no experimentó malestar; ese extraño procedimiento de seguridad le resultaba de lo más común» (68). Sobresale en esta escena el testimonio de que la joven estaba «acostumbrada» a ese tratamiento brutal por parte de sus antiguos celadores; asimismo, la evidencia de que determinadas prácticas perversas, amparadas por el sistema a través de las instrucciones de la Enciclopedia, eran llevadas a cabo tanto en los territorios paralelos como en el otro lado. Procedimientos frecuentes que también se realizaron durante el período dictatorial bajo condiciones de tortura y con el objetivo de conseguir una confesión o acceder a información relevante (Medalla et al.). Bernina, una vez más, se adapta a los estatutos que parece ordenar el sistema «sin cuestionar aquello que está en juego políticamente en la vulnerabilidad. Al hacerlo, cualquier ímpetu revolucionario que pudiera existir se contrarresta con una forma sofisticada de letalidad que el sujeto tiene la tarea de dirigir hacia sí mismo» (Evans y Reid 66); el sujeto en resiliencia que no solo se amolda a la coyuntura, sino que esa sumisión también le induce a autoagredirse física y moralmente, transformándose en un factor deshumanizante.

Chatran cavila la posibilidad de asesinar a la joven y visualiza «las partes trozadas y dispuestas en su primitiva heladera... ¿Sería la ingesta el desenlace real de la epopeya amorosa?» (73) –aquí se denota un canibalismo similar al que los ilotas practican en los territorios paralelos–; conjuntamente, esas partes estarían compartiendo el frío del refrigerador con «un pescado de raza incierta, y un bagre hidrocefálico con alitas en lugar de aletas y con unas pestañas que le daban a los ojos un flujo de vida inquietante» (73-74), evidencia de que esos vertebrados acuáticos habían

---

3. Si bien la narración registra la existencia de un lado y de otro, el pasaje entre estos no se encuentra diferenciado con precisión; como si toda la ciudad fuese una gran frontera.



sido el producto de mutaciones provocadas a través de experimentos genéticos en laboratorio. Pero, en una de las idas de Chatran a la cocina, Bernina logró escapar otra vez de su captor.

En el exterior, la joven se percató que, con la caída en la calle y el posterior rapto por parte de Chatran, Ungi había quedado abandonado. «El desmayo había sido el vehículo infame de ese olvido. Y su cuerpo, en última instancia, era responsable de esa disolución de la conciencia. El instigador de la traición, se le ocurría, no podía ser sino Odiseo» (78). De nuevo Odiseo como la herencia maldita de su vida anterior, como aquello que le condiciona en sus acciones; en definitiva, como el fiel representante de un sistema inserto –como una «promesa natural»– en los ámbitos más íntimos y primarios de las personas y que orienta, consciente e inconscientemente, cuando hay que temer y cuando obedecer. El miedo edifica uno de los más crueles demonios de todos los tiempos, más cuando está provocado por la inseguridad del ahora y la incertidumbre sobre el porvenir; la «inseguridad y la incertidumbre nacen, a su vez, de la sensación de impotencia: parece que hemos dejado de tener el control como individuos, como grupos y como colectivo» (Bauman 42). La misma impotencia que percibe el sujeto en resiliencia y maleable (Evans y Reid) ante las amenazas del exterior y que se impone como atributo para no ser excluido; como un modo de mantenerse en «consenso» (Rancière) con el medio circundante y «adaptarse a una situación dada sobre la cual no tiene influencia» (Rancière 70).

Acto continuo, aparecen dos guardias del Estado y, como destinataria de un legado sombrío, trasladan otra vez a Bernina a un Ministerio, en esta ocasión, distinto al que ya había estado. Al día siguiente, es conducida para una entrevista con el ministro. El relato del ministro, además de presentar un discurso, por momentos, caricaturesco, muestra un aparato represivo y totalitario del Estado en donde el Departamento de Planificación conoce todos los detalles de la vida de Bernina, dando cuenta de un sistema omnipresente. El objetivo central del encuentro radica en encomendar a la joven la misión de encontrar un refugio de los ilotas y diseñar un plano para una invasión exitosa; la recompensa sería otorgarle una venia «para vivir de este lado» (87).

Como en los refugios los clones enseguida son reconocidos y por una mala conformación identitaria casi nunca triunfan en las misiones de importancia, muchas veces conviene mandarlos al otro lado para que se entrenen y absorban la magia del ilotismo. [...] mujeres de su tipo, o sea, mujeres que a pesar de todo conservaron la facultad racional y se sobrepusieron al error del otro lado, son las encargadas de llevar adelante las tareas de extremo espionaje de este lado (87).

Los refugios son el «Paraíso de los resistentes», como significa María A. Semilla Durán, el lugar donde se reúnen y resguardan hombres que no habían superado los controles médicos, «mujeres falladas o mujeres que como ella se habían escapado de los territorios paralelos, y toda clase de criaturas autóctonas que provenían de

cruces inadecuados» (90-91). En definitiva, un grupo heterogéneo que pone «en peligro el plan de reproducción y perfeccionamiento de la especie. [...] Arruinan el sistema ideal» (91, 92). En una línea que recuerda al Centro de Incubación y Condicionamiento del clásico *Un mundo feliz* de Aldous Huxley (1984), y a la «nueva aristocracia que ha sustituido entre el 35 y 75 por ciento de su cuerpo por implantes biotecnológicos de variada especie» (138) en *Las furias* de Renzo Rossello (2012), el Estado se muestra como una organización todopoderosa que se toma las prerrogativas de decidir qué implica y quiénes merecen ese supuesto perfeccionamiento. Una autoridad lograda a través del poder de la biotecnología como un elemento distinguido de la articulación de la industrialización, integrada por los materiales, el poder, el progreso social y la construcción de la subjetividad (Braidotti, *Lo posthumano*). Los individuos no solo son seleccionados para su mejora por considerarlos imperfectos –o, en su defecto, para ser excluidos a los territorios paralelos–, sino también porque de esa forma resultan ciudadanos dóciles y acoplados a los requerimientos del sistema. En este escenario, la resiliencia es el resultado de «una estrategia central de la creación de regímenes contemporáneos de poder que marcan vastas desigualdades en todas las clasificaciones humanas» (Evans y Reid 60). De esta forma, el Estado se instituye como un «aparato de captura» (Deleuze y Guattari) que «tiene una *potencia de apropiación*; ahora bien esa potencia no solo consiste en que captura todo lo que puede, todo lo que es posible, en una materia definida como *filum*. El aparato de captura se apropia igualmente de la máquina de guerra, de los instrumentos de polarización, de los mecanismos de anticipación-conjuración» (Deleuze y Guattari 444)<sup>4</sup>.

Con el propósito de obtener la retribución pactada –la «promesa natural» de una astuta pieza del sistema– y así acceder a una vida supuestamente más digna y recuperar su verdadero nombre y apellido, Bernina se lanza a la búsqueda del refugio; en este sentido, Coelho, en una entrevista concedida a Maximiliano Crespi (2008), expresa que «lo que persigue a Bernina es el cuidado de la identidad. Mantenerse a resguardo de la alienación, porque percibe que para el Estado un cuerpo fallado es justamente un cuerpo que se resiste a la uniformidad y a la enajenación». De este modo, la joven continúa en su proceso de resiliencia como un sujeto que no muestra oposición y que opta por adaptarse para ser aceptada en ese nuevo mundo idealizado. Por consiguiente, las condiciones de existencia que persigue la joven revelan que los discursos de resiliencia conllevan «una tecnología de gobernanza» (Evans y Reid 126).

En medio de la ciudad y de noche, Bernina se incorpora a la marcha de un grupo integrado por lotarcios cantando y de harapos, niños descalzos arrastrando carretillas, mujeres entonando una especie de letanía y linyeras sacerdotes –una procesión similar a la descrita en *Borneo*–. El patetismo de la escena se completa

---

4. Cursivas en el original.

con una niña con labio leporino que se acerca a la joven y le toma de una mano diciéndole «¿Mamaj?» (102). Además, ese espíritu de «gobernanza», que se aludía antes, se encarna en la conciencia de Bernina: «consideró la idea de adoptar a la muchacha, adoctrinarla para transformarla en sierva y castigarla a piacere...» (103). Al amanecer, la procesión se fue dispersando al tiempo que sus miembros iban «desapareciendo por hoyos imperceptibles, saturaciones de realidad» (110). El episodio refleja el tránsito de una masa insurreccional y rizomática que, dominada por la pasión, contiene y ostenta su propia energía, su voz de pundonor; el saberse que cada uno forma parte de una pluralidad que transita por espacios irregulares que se desterritorializan y reterritorializan. En este sentido, se produce un devenir minoritario tendiente a lo creativo (Deleuze y Guattari).

Bernina desciende por uno de esos «hoyos imperceptibles» y descubre el refugio buscado. Allí atraviesa una serie de pasillos y se encuentra con un grupo de niños que llevan sacos con provisiones. Los infantes, de la casta de los pizpiretos de los territorios paralelos pero menos salvajes, presentan varias deformaciones:

Uno no dejaba de sonreír y dilatar las aletas de la nariz; otro, por culpa de los juanetes, rengueaba y llevaba vendados los mastodónticos pies; un tercero tenía brazos de simio y para hacer equilibrio remaba en el aire a riesgo de aporrear a alguien. Había un cuarto al que las orejas flácidas y aterciopeladas le bailoteaban y le apantallaban los pómulos, y había un quinto, tullido, que concentraba en los brazos una fuerza excepcional (116-117).

Cuerpos que denotan marginación, abandono y experimentación, productos de una violencia sistémica (Žižek) que produce monstruos que deben ser excluidos con el fin de preservar el supuesto orden que procura alcanzar el Estado. Asimismo, los rasgos de enfermedad y malformación se instituyen como una señal biopolítica que instaura un engranaje estético-ideológico que conlleva alienación y descontrol; como un mecanismo sustancial en el proceso de formación de identidades en la medida que actúa como su opuesto. De esta forma, el funcionamiento biocultural y biopolítico de la sociedad contemporánea constituido por la clásica tríada de política, vida y cuerpo es resignificada a través de los conceptos de política, vida y muerte (Valenzuela Arce) por medio de las operaciones de precarización de la vida formalizadas por el poder coactivo del Estado.

La joven es llevada en andas por los pizpiretos a través de varios corredores y salas hasta un salón más amplio y luminoso que los otros. Allí, la desnudaron y la sujetaron en una camilla para que quedara preparada ante un maestro hechicero con una sola pierna. Una escenografía casi idéntica a la que Bernina había padecido con Chatran. No obstante, la actividad consiste en el simulacro de una revisión médica por medio de la manipulación de instrumentos en el aire y frente a la silueta de la joven: «Los instrumentos y el tipo de espejo variaban, pero la mímica hechicera se mantenía. Evidentemente el público estaba habituado a ese fraude mímico y aprobaba cada movimiento con señales de excitación» (131). Los controles sanitarios,

como se expresó antes, es una práctica disciplinaria del régimen para evaluar, clasificar y sancionar; un biopoder que «engendra un sistema de vigilancia integrada que lo abarca todo y que postula enemigos potenciales, virtuales, en todas partes, también y especialmente dentro de los límites hoy desdeñados del sujeto» (Braidotti, *Transposiciones* 82-83). Por otra parte, el hecho de que en el refugio el control se limite a una simulación, a un acto ritual de impostura, se puede definir como una parodia de los exámenes sanitarios realizado por el Estado, una especie de ceremonia que intenta ridiculizar los actos de aquel sistema que segrega, persigue y castiga.

Al finalizar la sesión, Bernina es trasladada a una jaula que compartirá con unas «mujeres zoomorfas» (137):

Las patas de sus contertulias estaban forradas en una especie de muselina, un pelaje animal muy delicado. En el extremo, asomando de los cascos, unos deditos agarrotados y similares a dátiles. Recorrió con la mirada la extensión del pelaje; nacía en las patas, trepaba por el vientre, ascendía y en los hombros súbitamente se licuaba en una piel tensa, impoluta, que a la altura del cuello *serenaba* toda la seducción y la servidumbre de la juventud. Eran mitad mujeres, de eso estaba segura: facciones angulosas, melenitas un poco ralas pero bien peinadas, típicas orejas humanoides, boquitas aliteradas por la respiración caballuna<sup>5</sup> (137-138).

Los cuerpos factiblemente producidos por experimentos genéticos otra vez acometen a la joven. En este caso, dos bambi-centaurinas —o bambilamborghinas— y una hipocentaurina, entre otras, que los lotarcios habían enclaustrado para ser usadas como objetos de placer. Seres que representan una imbricación de lo humano y lo animal similares a los presentados, por ejemplo, en una novela precursora como *La isla del doctor Moreau* de H. G. Wells. Conjuntamente, los machos habían sufrido una «eliminación sistemática [...] [que] provenía de experiencias previas, estudios certificados y conclusiones antropológicas del Consejo de Gobierno» (147) del refugio. Cuando no se los eliminaba al nacer, se los hacía cobrar peso para que sirvieran de alimento para festines de lotarcios sibaritas, o para que sus ojos fueran utilizados como «el accesorio ideal para el deporte de moda entre los burócratas del Estado: la pelota paleta a dos piolines» (147). Aquí se evidencia el modo en que las prácticas monstruosas se encuentran en los dos bandos, como si los métodos de un sector contaminaran al otro y viceversa. Así, el bárbaro y el civilizado, el enfermo y el sano, el nómada y el sedentario, el monstruoso y el armónico, cohabitan la misma ciudad. No obstante, cada uno por su lado despliega su propia máquina de guerra. Mientras la máquina nómada compone «una potencia de destrucción positiva que hace morir todo lo que impide la libre circulación de las multiplicidades» (Lapoujade 248), y su enemigo es el Estado y su sistema; la máquina de guerra manipulada por el Estado se dirige «contra los nómadas y todos los destructores del Estado» (Deleuze

---

5. Cursiva en el original.

y Guattari 418), y los vínculos entre la máquina y la guerra pueden derivar en una potencia de destrucción negativa.

Por otra parte, y como expresa Gabriel Giorgi, «animalidad y raza trazaron el perímetro maldito de una imaginación moderna que se definió y se legitimó en su misión civilizatoria, y que hizo de la reinención social, racial y cultural de cuerpos y de poblaciones la materia de sus sueños políticos y la racionalidad de sus violencias» (64). En este sentido, el animal, el diferente —en definitiva, el monstruo— es el que problematiza el sentido de lo humano; el que, en alguna medida, deja en evidencia que las ideas de lo humano y lo animal son constructos funcionales a determinados sistemas. De este modo, lo monstruoso se puede pensar como un «devenir, como pliegue, despliegue y repliegue de una identidad siempre en proceso de (de)construcción» (Moraña 217).

El refugio se instituye en un espacio ambiguo frente a determinados lineamientos del sistema: por un lado, se los replica; y, por otro, se los impugna e invierte. Un agenciamiento que no puede emerger de algo totalmente nuevo y debe «seguir las líneas de fuga de deseo y deshacerse de los equipamientos preestablecidos, de las redundancias dominantes, de las significaciones coaccionantes» (Guattari 83). Desde esta perspectiva, el refugio se presenta como una «zona de bifurcación» (Prigogine y Stengers) desplegada por los que pueden originar «la aparición, más allá de otra bifurcación, de otro régimen de funcionamiento» (Prigogine y Stengers 216).

El hechicero cojo libera a Bernina de su encierro y ambos salen al exterior del refugio. El último capítulo, titulado «-X. El regreso»<sup>6</sup>, describe un espacio afable, «tan normal, tan lógico» (158); aunque con marcas que dan cuenta que todavía persisten algunos intersticios del otro mundo. El relato concluye con Bernina y el mago montando un escenario en una plaza para una representación de títeres. La joven, con un muñeco calzado en cada mano —como un eco proveniente de cuando manipulaba a Ungi, su «hijo pródigo» (26)—, «desplegaba grageas cómicas y fábulas fraternales sobre monstruos subterráneos, cárceles sedadas en la inmensidad de palacios estatales, y por fin, en un presente continuo donde los tiempos simultáneos se reunían y desaparecían en la identidad de lo representado, sus personajes se esfumaban» (167). Un modo de escenificar los acontecimientos vividos en los días precedentes, como una reproducción apócrifa similar a la padecida durante la revisión médica en el refugio que provoca una *mise en abyme* que desdobra un relato dentro de otro y los sitúa en contacto con otros.

La joven ha devenido un ser errante que está permanentemente desterritorializando y reterritorializando espacios y memorias en busca de su identidad. Deleuze y Guattari señalan que el «recuerdo siempre tiene una función de reterritorialización»

---

6. Se destaca que el número romano X está antecedido de un signo de menos, a diferencia del resto de los capítulos del libro. A decir del narrador: «Quizás la aventura, en vez de haber culminado, estaba llegando al fin de su inicio» (165).

(294). Si bien algunas actitudes y acciones de Bernina pueden interpretarse como un modo de resistencia, estas no implican rebeldía ni tienen la intención de generar cambios en el sistema; sino que son, simplemente, formas de adaptarse –social y físicamente– a un régimen totalitario y degradante que excluye económica y socialmente, que explota y deshumaniza generando relaciones de desigualdad entre cuerpos, razas y culturas en favor de una supuesta valorización positiva de la existencia y de los vínculos interpersonales. De esta forma, los condicionamientos del sistema le impiden ir más allá de un sujeto adaptable con el fin de desdoblarse en un agente de cambio. Como sostienen Evans y Reid, la justificación

del mundo imaginada y constituida por las agencias del desarrollo preocupadas con la creación de sujetos en resiliencia es una que presupone el carácter desastroso del mundo, e igualmente una que interpela a un sujeto al que se pide permanentemente que tolere el desastre: un sujeto para el que tolerar el desastre sea una práctica necesaria sin la que no puede crecer y prosperar en el mundo (105-106).

En suma. El universo distópico reflejado en la novela de Coelho, el que pudo acaecer si los procesos dictatoriales se hubiesen extendido en el tiempo, se revela como un mundo en que lo «natural» –como las promesas del título de la obra– resulta equivalente de monstruoso; también, como un orden en que los procesos de resiliencia se instituyen como elementos deshumanizantes. Es la representación de un relato que tiende nexos con momentos terribles de la historia reciente de la región sur de América Latina, y que exhorta a no olvidarlos; a que deberían permanecer en la memoria, como cicatrices luminosas, de todos los habitantes de los países que padecieron estos regímenes para no permitir que vuelvan a repetirse.

### Referencias bibliográficas

- BARRENECHEA, Ana María. «Ensayo de una tipología de la literatura fantástica». *Revista Iberoamericana*, XXXVIII:80, (Jul-Set 1972): 391-403. <https://doi.org/10.5195/REVIBEROAMER.1972.2727>
- BAUMAN, Zygmunt. *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Carmen Corral Santos (trad.). México: Tusquets, 2008.
- BRAIDOTTI, Rosi. *Transposiciones. Sobre la ética nómada*. Alcira Bixio (trad.). Barcelona: Gedisa, 2009.
- BRAIDOTTI, Rosi. *Lo posthumano*. Juan Carlos Gentile Vitale (trad.). Barcelona: Gedisa, 2015.
- CAMPRA, Rosalba. *Territorios de la ficción. Lo fantástico*. Sevilla: Renacimiento, 2008.
- CANO, Luis C. *Intermitente recurrencia: la ciencia ficción y el canon literario hispanoamericano*. Buenos Aires: Corregidor, 2006.
- CAPANNA, Pablo. *Ciencia ficción. Utopía y mercado*. Buenos Aires: Cántaro, 2007.
- COELHO, Oliverio. *Los invertebrables*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2003.
- COELHO, Oliverio. *Promesas naturales*. Buenos Aires: Norma, 2006.

- COELHO, Oliverio. «Diálogo inconcluso: Oliverio Coelho». Entr. Maximiliano Crespi. *La Posición*, 10 Ene 2008. <http://laposicion.blogspot.com/2008/01/dilogo-inconcluso.html>. Consultado el 23 Set. 2020.
- COELHO, Oliverio. *Borneo*. 2004. Lima: Altazor, 2010.
- DELEUZE, Gilles. «Post-scriptum sobre las sociedades de control». *Conversaciones 1972-1990*. José Luis Pardo (trad.). Valencia: Pre-Textos, 2014: 277-286.
- DELEUZE, Gilles, y Félix GUATTARI. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. José Vázquez Pérez (trad.). Valencia: Pre-Textos, 2015.
- DERRIDA, Jacques. *Seminario. La bestia y el soberano. Vol. 1. (2001-2002)*. Cristina De Peretti y Delmiro Rocha (trads.). Buenos Aires: Manantial, 2010.
- EVANS, Brad, y Julian REID. *Una vida en resiliencia. El arte de vivir en peligro*. Víctor Altamirano (trad.). México: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- FABRY, Geneviève, Ilse LOGIE y Pablo DECOCK, eds. *Los imaginarios apocalípticos en la literatura hispanoamericana contemporánea*. Bern: Peter Lang, 2010. <https://doi.org/10.3726/978-3-0353-0300-1>
- FOUCAULT, Michel. *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Horacio Pons (trad.). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- FOUCAULT, Michel. *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Aurelio Garzón del Camino (trad.). México: Siglo Veintiuno, 2009.
- GIORGI, Gabriel. *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2014.
- GUATTARI, Félix. *Líneas de fuga. Por otro mundo de posibles*. Pablo Ariel Ires (trad.). Buenos Aires: Cactus, 2013.
- HUXLEY, Aldous. *Un mundo feliz*. 1932. Ramón Hernández (trad.). Buenos Aires: Orbis, 1984.
- JACKSON, Rosemary. *Fantasy: literatura y subversión*. Cecilia Absatz (trad.). Buenos Aires: Catálogos, 1986.
- JAMESON, Fredric. «Lo utópico, el cambio y lo histórico en la posmodernidad». Nicolás Casullo (comp.). *El debate modernidad-posmodernidad*. Buenos Aires: Retórica, 2004: 269-277.
- LAPOUJADE, David. *Deleuze. Los movimientos aberrantes*. Pablo Ariel Ires (trad.). Buenos Aires: Cactus, 2016.
- LEVRERO, Mario. *París*. 1979. Montevideo: Arca, 1998.
- MEDALLA, Tania, et al (eds.). *Recordar para pensar. Memoria para la democracia. La elaboración del pasado reciente en el Cono Sur de América Latina*. Santiago de Chile: Böll Cono Sur, 2010.
- MERCIER, Claire. «Ficciones distópicas latinoamericanas: elaboraciones esquizo-utópicas». *Aisthesis*, 65, (2019): 115-133. <http://revistaaisthesis.uc.cl/index.php/RAIT/article/view/1851/1893>. Consultado el 2 Set 2020. <https://doi.org/10.7764/aisth.65.5>
- MORAÑA, Mabel. *El monstruo como máquina de guerra*. Madrid / Frankfurt am Main: Iberoamericana / Vervuert, 2017.
- MORENO, Fernando Ángel. *Teoría de la literatura de Ciencia ficción. Poética y retórica de lo prospectivo*. Vitoria-Gasteiz: PortalEditions, 2010.
- NEGRI, Antonio. «El monstruo político. Vida desnuda y potencia». Javier Ferreira y Gabriel Giorgi (trads.). Fermín Rodríguez y Gabriel Giorgi (comps.). *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós, 2007: 93-139.

- OEYEN, Annelies. «Ciudades posapocalípticas en la literatura prospectiva de la Argentina posdictatorial». *Ángulo Recto*, 3:2, (2011): 225-245. <http://www.ucm.es/info/angulo/volumen/Volumen03-2/varia07.htm>. Consultado el 2 Set 2020. [https://doi.org/10.5209/rev\\_ANRE.2011.v3.n2.37589](https://doi.org/10.5209/rev_ANRE.2011.v3.n2.37589)
- PAOLINI, Claudio. «Daños colaterales: lo humano posdegradado en la narrativa distópica». Claudio Paolini, Marcelo Damonte y Virginia Frade (eds.). *Inmediaciones de lo distante. Estudios sobre ciencia ficción en la literatura americana*. Montevideo / New York: Tenso Diagonal / Díaz Grey, 2020: 155-179.
- PRIGOGINE, Ilya, e Isabelle STENGERS. *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. María Cristina Martín Sanz (trad.). Madrid: Alianza, 2004.
- QUINTANA, Isabel. «Ficciones de lo (in)humano: biopolítica, ciencia-ficción y fantástico». *Revista Iberoamericana*, LXXVIII:238-239, (Ene-Jun 2012): 367-387. <https://doi.org/10.5195/REVIBEROAMER.2012.6905>
- RANCIÈRE, Jacques. «Las paradojas del arte político». *El espectador emancipado*. Ariel Dilon (trad.). Buenos Aires: Manantial, 2010: 53-84.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. *Diccionario de la lengua española*. <https://dle.rae.es/>
- REATI, Fernando. *Postales del porvenir. La literatura de anticipación en la Argentina neoliberal (1985-1999)*. Buenos Aires: Biblos, 2006.
- REATI, Fernando. «La trilogía futurista de Oliverio Coelho: una mirada al sesgo de las crisis argentinas». *Revista Iberoamericana*, LXXVIII:238-239, (Ene-Jun 2012): 111-126. <https://doi.org/10.5195/REVIBEROAMER.2012.6890>
- ROSSELLO, Renzo. *Las furias*. Montevideo: Estuario, 2012.
- SEMILLA DURÁN, María A. «Monstruos, mutantes y contragestación: *Promesas naturales*, de Oliverio Coelho». *Amerika*, 11 (2014). <https://journals.openedition.org/amerika/5214>; DOI:10.4000/amerika.5214. Consultado el 2 Set 2020. <https://doi.org/10.4000/amerika.5214>
- SUVIN, Darko. *Metamorfosis de la ciencia ficción. Sobre la poética y la historia de un género literario*. Federico Patán López (trad.). México: Fondo de Cultura Económica, 1984.
- VALENZUELA ARCE, José Manuel. «El cruising de la muerte. Biocultura: biopolíticas, biorresistencias y bioproxemias». Mabel Moraña e Ignacio Sánchez Prado (eds.). *Heridas abiertas. Biopolítica y representación en América Latina*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2014: 165-182. <https://doi.org/10.31819/9783954872961-010>
- WELLS, Herbert George. *La isla del doctor Moreau*. 1896. Tomas Conde Vélez (trad.). Barcelona: Bruguera, 1979.
- ŽIŽEK, Slavoj. *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Antonio José Antón Fernández (trad.). Buenos Aires: Paidós, 2010.